HOMILIA

Domingo de todos los Santos

Con este Domingo la Iglesia cierra el periodo resurreccional llamado Πεντηκοστάριον que se inaugurara con la celebración de la Pascua de Resurrección. Precedió la gran fiesta del Pentecostés, de la cual toma su nombre el periodo litúrgico y, posteriormente, la del Espíritu Santo. Hoy, entonces, se concluye este periodo tan especial conmemorando a todos los santos desde el principio de los siglos hasta el fin de estos, conocidos y no, en todas las latitudes del universo.

De esta manera, pues, conmemorando a los santos -"*frutos vivos del Espíritu*", "*habitantes del Reino*" a "*receptores del Apocalipsis*" y "*ecos del Verbo*"- la Iglesia quiere significar la **universalidad, la globalidad** y la **plenitud** del "Reino" y de su ejecución que es la divina Providencia, en cuanto **con-descendencia** del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

La fiesta de hoy hace referencia a este carácter ***escatológico*** del "Reino" que muchos pregonan extirpándole su significación más natural -y profunda- al limitarlo solamente a las postrimerías. El carácter escatológico de la divina Providencia -de la Divina Economía- hace referencia primeramente a la "**plenitud**", "**integridad**" y "**compleción**" del arcano designio de Dios para toda la humanidad, desde el principio de la creación misma, pasando por el tiempo presente y extendiéndose por los siglos de los siglos.

De esta manera, en la Tradición Ortodoxa, la "***escatología***" no es una sección de la teología que se ocupa "*del más allá*" o de las "*postrimerías*", del fin del mundo, sino de la acción de Dios en una secuencia espacio-temporal integral donde se encuentran necesariamente la temporalidad y la espacialidad con la eternidad, mientras decantan y se resumen en ésta última.

La conmemoración de todos los santos hace, pues, referencia a esta integralidad a esta plenitud ejecutada imperiosamente en los seres lógicos a través de su auto-soberanía que viene a identificarse -voluntariamente, claro está- con la Soberanía del *Pantocrator* sobre todas las cosas, los seres, los tiempos y todo lo creado.

La santidad, pues, en esta clave de lectura, es esta **ejecución-realización** del plan divino en aquellas personas que se desapegan de sí mismos a través del ejercicio espiritual, se hacen receptores de la acción divina en todas sus posibilidades e identifican su propia voluntad con aquella del propio Creador.

A este **desapego-desafección** como condición para la santidad se refiere la perícopa evangélica del día de hoy: las palabras del Cristo-Mesías son absolutas y graves; la propuesta es comprendida como un desafío arduo y complejo; la invitación-exhortación es, pues, el criterio básico, el argumento esencial -e indeclinable- para arribar a esta identificación con el Arquetipo.

Se refiere el Evangelio a un camino de perfección que presupone el ejercicio espiritual para "vaciar" el *nous*-espíritu-mente de todo lo que no es esencial de acuerdo a una escala axiológica nueva y del todo revolucionaria: *"Escucha Israel: amarás al Señor tu Dios con toda tu mente, con toda tu alma y con toda tu existencia"*-y agrega el Señor- *"y al prójimo como a ti mismo".*

Es la absolutez del mensaje lo que garantiza su (des-)proporción con la capacidad propia del hombre. Claro, entramos en el terreno de la paradoja. Esta (des-)proporción necesariamente evoca la acción divina, la Gracia que suple, perfecciona y anula lo imposible de la cuestión, porque *"lo que es imposible para los hombres es posible para Dios."*